

Fromm y la naturaleza ética del hombre

Uno de los aspectos más significativos y de mayor alcance filosófico del pensamiento de Erich Fromm es, a mi modo de ver, no sólo el reconocimiento de la liga esencial que hay entre la Ética y el Psicoanálisis, sino la decisiva afirmación de que lo ético está implantado en el centro de los impulsos más originarios de la vida psíquica, incluso en sus raíces inconscientes e irracionales.

Para Fromm, el destino moral del hombre no es algo separado ni contrapuesto al destino natural, como es para Freud. Aparte de la complejidad que presentan los hechos éticos en la obra de Freud y de que ésta no puede esquematizarse ni reducirse a interpretaciones unívocas y cerradas, cabe decir que en Freud la conciencia moral y el mundo de las normas y valores morales son una formación secundaria meramente represora; constituyen, de un modo y otro, un orden extrínseco el orden de los impulsos, fuerzas y deseos primordiales de la vida psíquica en el que rige el principio de placer y prevalecen los imperativos de la satisfacción egoísta, ajenos a todo sentido social y moral. Lo moral, en Freud, viene de afuera del sujeto natural; es imposición social destinada a coartar los instintos vitales para garantizar la sobrevivencia del hombre; es la conciencia moral que se interioriza o incorpora porque originalmente es externa y extraña al sujeto viviente.

Y es precisamente esta exterioridad de lo ético la que Fromm intenta superar, apoyándose en lo que él llama la tradición de la "ética humanista".

De acuerdo con ésta, Fromm replantea el clásico problema filosófico de la *naturaleza humana* e intenta resolverlo con base en las nuevas luces que al respecto puede proporcionar el psicoanálisis. La naturaleza humana, según Fromm, no es una esencia o substancia abstracta e inmutable que pueda concebirse al margen de los cambios histórico-sociales; pero éstos, a su vez, no son para él, tan extremos que rompan la igualdad interhumana en el espacio y en el tiempo, que es la que permite hablar de una misma condición que todos compartimos, de una naturaleza del hombre que nos define en lo que somos y que es el sustrato dinámico de donde emergen nuestros actos.

Pero la "naturaleza" humana no es para Fromm, como era para Freud, un equipo instintivo biológico

formado por fuerzas ciegas y contrarias al sentido moral y social. La vitalidad humana no es la libido como mero impulso sexual de placer (ni menos aún el instinto de muerte y destrucción).

Más bien según Fromm, la esencia humana consiste, ella misma, en la contradicción y el conflicto entre *ser naturaleza* y no obstante, *no ser naturaleza*. El hombre es parte de la naturaleza biológica, está inmerso en ella y sometido a sus leyes pero, a la vez, el drama humano consiste en que el hombre ha sido "expulsado de la naturaleza" —dice Fromm—; esto significa que ha sido *separado*, cortado de su originaria fusión con el todo natural; implica que ha adquirido una subjetividad propia y que sólo desde su *conciencia* y su *acción* personales, desde su soledad o libertad, puede reunirse consigo mismo y con el mundo mediante la creación de lazos morales y culturales, en vez de las primitivas ligas puramente naturales, que perdió desde el instante de nacer.

En esta contradicción básica entre ser y no ser naturaleza se afincan, según Fromm, las dos orientaciones primordiales de la vida humana; ambas, aunque de signo inverso, tienden en el fondo al mismo propósito: trascender la soledad, que es, en última instancia, el problema radical de la existencia; así, el más generalizado seguramente es el intento *regresivo* de retornar a la naturaleza originaria buscando, por diversas vías, negar la condición libre; es decir, el afán (en realidad inútil o imposible) de *evadir* la soledad y con ella la vida activa, libre, consciente de sí misma y del mundo. La otra, es la tendencia *progresiva*, por la cual el hombre logra *asumir* su propia soledad o libertad creando vínculos genuinos (con los otros y con la realidad).

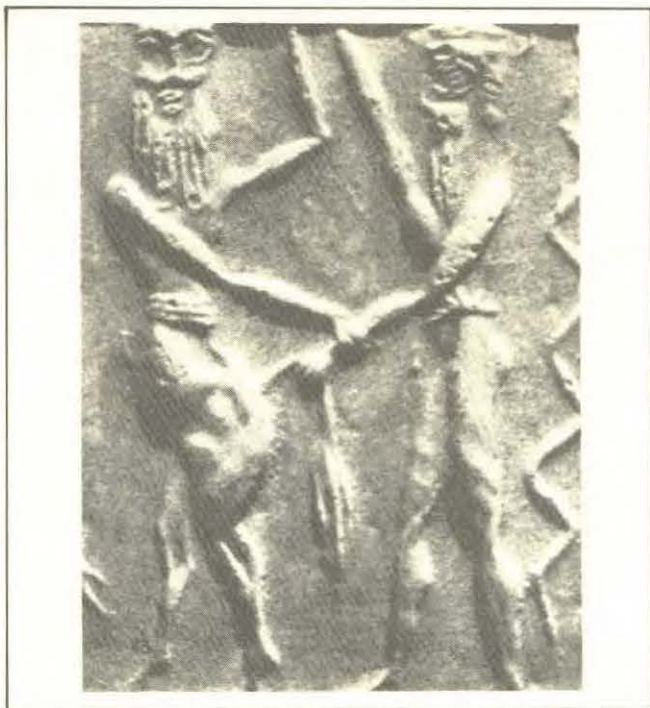
Las distintas formas de neurosis y de mal moral no son sino las diversas maneras por las que el hombre pretende, sin lograrlo, evadir su destino solitario, libre y responsable.

Ya sea en las modalidades de dominador, como en las de dominado, los hombres quieren escapar a la soledad mediante múltiples formas de "*idolatría*": cosificando a sus dioses o a las fuerzas de la naturaleza; tornándose "ídolo" a sí mismo o a sus semejantes, cayendo en el sometimiento interno o externo, en la *enajenación*, perdiendo las capacidades dinámicas o energéticas de lo vivo.

La orientación progresiva en cambio, supera la soledad, no evadiéndola, sino asumiéndola y aceptándola. Esta es la vía por la cual el individuo, sin dejar de ser tal, sin perder su autonomía, sino consolidándola, lograr generar las formas específicamente humanas, ya no meramente naturales, de unión con su mundo.

Se trata de la solución de la soledad por la vía del amor; experiencia que en Fromm representa el hecho fundamental, por varias razones: primeramente porque el amor no es para él un mero sentimiento, sino, justamente, una experiencia *integral e integradora*; es una *actitud* existencial básica que irradia en todas direcciones, la única capaz de resolver efectivamente el conflicto esencial de la condición humana. El amor, según intenta mostrar Fromm, es la experiencia de unión en la cual intervienen todas las facultades: la emoción, tanto como el conocimiento y la voluntad; consiste, a la vez que en la visión verdadera del objeto amado, en un "arte" en el sentido de una praxis concreta —diríamos—, en una actividad que sólo en su ejercicio efectivo cobra ser y que es incluso la actividad que ha de convertirse en lo primordial de la vida. El amor es la acción o producción fundamental en que, según Fromm, queda empeñada la existencia del hombre psíquicamente sano, que es, a la vez, el hombre moralmente bueno, justo y feliz. Pues, para él (lo mismo que para Spinoza, a quien expresamente sigue muy de cerca) el bien no es sino la vida que se afirma y expande a sí misma en el goce, la salud, la felicidad, mientras que el mal coincide con la muerte, la destrucción, la pasividad, la enfermedad, la tristeza y la desdicha.

Y es que el amor según Fromm (y ésta es la cuestión fundamental que nos interesa destacar) es "amor al



otro" a la vez que "amor por sí mismo". Fromm se empeña en mostrar que son dos cosas distintas, incluso opuestas, el egoísmo y el genuino amor a sí mismo que realiza el individuo libre y "maduro". Habitualmente se cree, e incluso ésta es una premisa en la concepción freudiana, que si el sujeto se ama y se preocupa por su propia felicidad, entonces no ama a los otros ni puede proyectar su vida hacia ellos. Y a la inversa: si la proyección amorosa es a los otros es porque el individuo se sacrifica a sí mismo en el sentido de renunciar, "por amor" se dice, a su propio cumplimiento y a su propia satisfacción. Habría entonces una alternativa insalvable entre egoísmo y "altruismo" por la cual la orientación hacia el yo excluiría necesariamente al otro, y la del otro al yo; lo individual a lo social, el Eros a la civilización, etc.

El psicoanálisis para Fromm muestra que ésta es una falsa alternativa y que, en realidad, por debajo de las apariencias conscientes, el egoísmo no es verdadero amor por sí mismo, así como tampoco el "altruismo", cuando excluye el auto-amor, es amor genuino por el otro).

Todas las modalidades de egoísmo, de vanidad, de soberbia y prepotencia del sujeto se revelan en la raíz inconsciente como expresiones de inseguridad, autodesprecio, importancia y esterilidad interiores, falta de confianza en las propias potencialidades y en la propia vida. Parte esencial de la obra de Erich Fromm es su denuncia, su desenmascaramiento de las falsas formas de amor. En ella se muestra cuántas de las emociones, de las experiencias y de las relaciones interpersonales que generalmente se identifican como amor verdadero, no son sino formas embozadas de evasión de la libertad, de inautenticidad y, en última instancia, de neurosis e inconsistencia moral. El amor auténtico, según Fromm,



no puede proyectarse hacia el otro si no se dirige hacia sí, y la verdadera felicidad individual no se alcanza más que en la unión amorosa con los otros. En realidad para Fromm, *la relación que mantenemos con los otros es la relación que tenemos con nosotros mismos*, y a la inversa: el amor efectivo, que tenemos por nuestro propio ser, es condición de posibilidad del amor auténtico que podemos dar a los otros.

Y precisamente, de esta implicación del amor a sí mismo y el amor a los otros depende en última instancia la conciliación que venimos destacando entre los impulsos de la vitalidad (amor a sí) y los imperativos de la moralidad (amor al otro), entre las fuerzas irracionales inconscientes y el orden de la conciencia y la razón, entre el psicoanálisis y la ética, en suma.

Y si para Fromm, la irracionalidad no es contraria a la cultura y a la moral, ni éstas son un puro orden convencional, extrínseco y opuesto a las fuerzas primigenias de la vida y de la naturaleza humanas, las tendencias irracionales e inconscientes que se manifiestan sobre todo en los sueños y en las creaciones simbólicas, no son las energías meramente ciegas y destructivas, opuestas al amor y al cumplimiento ético de la vida humana. Las fuerzas irracionales son también los impulsos amorosos y creativos más originarios del hombre. Los sueños no revelan solamente el universo del deseo egoísta y regresivo, sino que expresan las potencialidades del afán humano hacia la realización y la integración verdaderas. Los imperativos éticos brotan de la inconsciencia porque el afán de cumplimiento ético, con todo lo que éste significa, es según Fromm tendencia básica, originaria, entrañada en la naturaleza misma del hombre y no impuesta desde afuera.



Con base en todo esto es que el psicoanálisis frommiano intenta restablecer la tradición humanista que, según el propio Fromm, es aquella que, tanto en Oriente como en Occidente, confiere al hombre una dignidad propia, un sitio de excelencia en el mundo, centrado en sus capacidades distintivas de amor y creatividad. Y éstos no son, como pudieran parecer a primera vista, valores ilusos nacidos de una romántica inconsciencia, sino al revés. Tal como está propuesta por Fromm, la experiencia ética, amorosa y creativa, es la experiencia más seria, radical y verdadera del hombre adulto que logra trascender sus miedos y su pueril incapacidad de fe en sí mismo y en el poder humano de realizarse plenamente como hombre.

Pero esta fe en el hombre y en lo humano no es, según lo advierte el propio Fromm, un mero deseo infundado que desconozca o menosprecie el dato insoslayable de la destructividad humana, ni que no tome en cuenta el hecho de que el destino ético de los hombres individuales no es concebible al margen de las condiciones sociales. Fromm insiste también en que la salud o la enfermedad del individuo están en proporción directa a la salud o enfermedad de la sociedad. Por esto el psicoanálisis en él incide directamente en la sociología empeñándose también en la transformación social. Pero, el mismo modo que resulta inaplazable la lucha por una sociedad justa y liberada, para Fromm es absolutamente impostergable e irreductible la tarea de la liberación moral de los individuos concretos. Una lucha no exime de la otra. Más bien, ambas son complementarias y ambas obedecen al propósito único de que los hombres, social e individualmente, realicen su plena humanidad, superando el supremo impedimento que, para Fromm, es, en definitiva, "el miedo a la libertad".

